

Editorial

PLANTEAR un artículo editorial en estas fechas, supondría que deberíamos hablar de nuestros Santos Viejos, de nuestro Carnaval, del frío invierno o de la escasez de lluvia que nos va a traer un verano excesivamente cálido y seco. Pero por desgracia, en estos días, estos asuntos que en otro tiempo nos ocuparían, hoy por hoy tienen que dejar paso a temas tan preocupantes como son las violaciones, o como son las fratricidas y sangrientas guerras que se están dando a tan pocos kilómetros de nuestras fronteras ¿civilizadas?

Ya va siendo hora de que la humanidad haga honor a su condición de tal. Nuestras posiciones a tomar en estos temas viene dada por la lejanía que de ellos, nos creemos, nos separa. No es así. El error está en creer que cosas tan absurdas sólo ocurren entre gentes absurdas con menos preparación y menos tolerancia que nosotros. Como se suele decir, vemos "la paja en el ojo ajeno y no vemos..."

¿Somos nosotros capaces de mantener relaciones buenas y respetuosas con todos aquellos que son minoría y que no comparten raza, cultura, religión, etc. con nosotros: mayoría?

¿Somos capaces de ofrecernos a nosotros mismos una legislación que interrumpa de una vez y para siempre los abusos sexuales a mujeres y niñas/os?

¿Somos capaces de reacciones solidarias con todos los pueblos que sufren abandono, hambre, desplazamientos de sus hogares, guerras?

En el proceso de transformación humana, aún nos queda mucho para poder usar la palabra humanidad con conocimiento de causa. El mundo, sus generaciones venideras... la Naturaleza nos está esperando. Lo que cabría preguntarse es: ¿por cuánto tiempo?

Bien podríamos aprender de esos otros pueblos que llamamos primitivos y que sin embargo son capaces de comprender el mundo, a sus semejantes, y que conviven con el medio ambiente que les rodea, en perfecta armonía. He aquí un extracto del mensaje del indio Seattle, jefe de la tribu Dewamisch, al presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Franklin Pierce. Junio de 1854:

"...Enseñad a vuestros hijos lo que nosotros hemos enseñado a nuestros hijos: la Tierra es nuestra madre. Lo que afecte a la Tierra, afectará también a los hijos de la Tierra. Si los hombres escupen a la Tierra, se escupen a sí mismos. Porque nosotros sabemos esto: la Tierra no pertenece al hombre, sino el hombre a la Tierra. Todo está relacionado como la sangre que une a una familia. El hombre no creó el tejido de la vida, sino que simplemente es una fibra de él. Lo que hagáis a ese tejido os lo hacéis a vosotros mismos..."